

OTRA MEMORIA

En bastantes ocasiones, los títulos que los escritores dan a sus obras no se limitan a ofrecer al posible público lector alguna pista sobre el contenido de sus textos sino que, voluntaria o inconscientemente, sugieren elementos mucho más profundos acerca de los significados y motivaciones de una determinada creación. Este es el caso de ***Recuerdo del Norte***, el nombre global que María Jesús Leza ha dado a este conjunto de relatos. Aunque así pudiera parecer, lo cierto es que ni la referencia al tiempo pasado ni la ubicación geográfica suponen una delimitación concreta de la materia empleada en las narraciones sino un marco privado en el que tanto el recuerdo –en singular- como el Norte son percepciones íntimas de la autora que van mucho más allá de una mera relación de sucesos acaecidos o imaginados.

He resaltado el hecho de que María Jesús nos hable del “recuerdo” y no de “los recuerdos” porque precisamente es ese singular el que traza la frontera entre el relato vivencial –inexcusablemente limitado por su propia necesidad de verdad- y la autenticidad sin barreras de la memoria literaria, en la que tiene cabida cuanto es esencial y difícilmente expresable; en la que lo realmente importante es lo imaginado, lo onírico, lo atávico, lo leído, contemplado y escuchado, y, sobre todo, la emoción estética que todo ello ha provocado en quien escribe. Así, el recuerdo al que nos acerca en sus historias es el de un tiempo que, más allá de la fecha expresa o deducible, es el de los sentimientos y sensaciones propios de esas fases de la vida humana que indica en la agrupación de los relatos: infancia, adolescencia, juventud y madurez. Un tiempo constituido por aprendizajes y constataciones, por esperanzas y nostalgias, por fantasías

y aceptaciones de la realidad, y siempre, siempre, por la vida filtrada por el tamiz de la belleza.

De belleza y de emoción estética sabe mucho María Jesús Leza. No en vano la profesión a la que ha dedicado la mayor parte de su vida es la pintura, además de ser una consumada lectora, melómana y, como ya ha demostrada en libros anteriores, una excelente narradora. Quienes tenemos la fortuna de conocerla sabemos la importancia que para ella tiene en arte en todas sus manifestaciones; quienes se acerquen por primera vez a su quehacer literario a través de estos relatos entenderán de inmediato que el arte no es un simple escenario para sus cuentos, ni una excusa para dotar a varios de sus personajes de una profesión. Muy al contrario: es una manera de investigar y percibir la realidad, tanto si se trata de las cosas que pueden ocurrir en la noche de Reyes como de la sospecha de la maldad o la duda ante lo incomprensible.

En cuanto al espacio físico, ese Norte en el que transcurren los hechos es el territorio de lo cotidiano convertido en mágico y de lo feérico incrustado en lo habitual. Del mismo modo que el norte geográfico que describe con maestría pictórica, este es brumoso, cambiante, delicado, inasible. María Jesús se aproxima a la remembranza sin caer nunca en costumbrismo fácil, convirtiendo el pasado en evocaciones de tiempos y lugares que tienen mucho más valor simbólico que documental, con independencia de cuánta realidad contengan. Y es que el Norte, en este libro, es el país de las primeras decepciones (*El cochecito*), de la pérdida (*El chico de la bicicleta*), de las desilusiones aceptadas (*Pinceladas*), de la literatura entendida como fuerza arrolladora (*Nina*) o de la paz de los finales (*El color del mar*). Pero también es el mundo donde la ficción y la realidad se entrelazan y confunden para que nunca olvidemos que el universo es hermoso precisamente por cuanto tiene de incierto y efímero.

El libro está cuajado de referencias históricas y artísticas, explícitas o no, pero ninguna de ellas puede interpretarse como una concesión culterana o como una simple relación de datos que demuestren sus conocimientos. La autora incorpora elementos culturales porque ella es culta y porque su universo creativo se apoya y nutre en la cultura. Construye de este modo unos relatos que tienen en doble interés de la fabulación y la reinterpretación de los hechos conocidos, pero que, escritos en un lenguaje diáfano y cercano, y dotados de estructuras narrativas acorde con esa claridad lingüística, resultan aptos y recomendables para cualquier tipo de lector.

Recuerdo del Norte nos da una visión de la existencia que, sin ocultar ninguno de sus aspectos oscuros, desvela lo poético de cada circunstancia humana, dotando de belleza cada alegría y cada pena, cada esperanza y cada desilusión. Literatura, en fin, literatura auténtica y sincera. Literatura en su más rica acepción: mentir un poco para decir grandes verdades.

Montserrat Cano